

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

DESDE MADRID

## Los encogidos

Entre las muchas lecturas que se pueden hacer de la labor de Sócrates –ese personaje de Platón, uno de los mayores poetas y novelistas del mundo griego–, de la labor mayéutica, es la de que no podemos sin faltar a la verdad dejar de ser agradecidos. Sócrates nos muestra, y luego lo han repensado varios hasta llegar a Jaspers, Buber, Ortega y Antonio Machado, que pensar es un acto en el que, como mínimo, intervienen dos: el pensador y su partera, que a su vez no deja de pensar mientras ayuda a la tarea del alumbramiento. Ese mínimo numérico, el dos, implica a los muchos: el movimiento, y a su vez el movimiento es padre de la Historia. A diferencia del pensamiento hindú, los griegos como Platón querían ser sabios entre los hombres, es decir, en la polis, de ahí que no dudara en imaginar una república, y la república

es cambio, búsqueda, forcejeo. Entre la república y el conocimiento platónico hay una tensión quizás insalvable. Por un lado, Platón buscaba con denuedo un conocimiento inmutable (lo que luego se llamaría “filosofía perenne”), pero desde los eleáticos a Aristóteles los griegos vivieron enormes cambios sociales y políticos, estéticos, legislativos. Enamorados del cielo fijo de las ideas (Platón), o de la actividad o praxis máxima que es la contemplación (Aristóteles), el caso es que, hijos todos del tiempo, no podían dejar de andar entre la gente, de buscar entre ellos mismos.

Volviendo al principio: el desagradecido, el que no cree en la gracia ni en el agradecimiento, siente que cuando actúa y piensa lo hace desde el uno, desde sí mismo como pulida mónada o como partícipe de la autocontemplación divina, ese motor inmóvil, el Uno. La necesidad de que la individualidad nos pertenezca por entero es una tentación angustiada, porque la individualidad, tan necesaria en muchos sentidos,

hace agua por todas partes y la única forma de sujetarla es reconocer sus límites dudosos, sus ambiguas fronteras, los elementos extraños entrañados en su subjetividad. Nada, decía Juan Gil-Albert haciéndose eco de Michel de Montaigne, como pertenecerse, pero esto es cierto si entendemos que pertenecerse es hacerse cargo de lo diverso que nos constituye y que nunca será del todo nuestro, nunca podrá pertenecernos salvo a través del reconocimiento y la ética (yo me hago cargo de mis actos, respondo de mis pensamientos, etcétera). El desagradecido no sólo expulsa o se apodera del que siempre conversa con él cuando él habla, incluso cuando está callado, sino que ha roto en alguna medida con la simpatía frente al mundo natural: la naturaleza es admirable o temible, o bien un almacén de recursos, pero deshabitada de los dioses, desalmada. La crítica del panteísmo no fue sustituida, salvo por ciertas lecturas orientales, de una simpatía por el mundo natural. Mircea Eliade se veía a veces en la necesidad de agradecer la colaboración en su vida de un suceso natural, y Marguerite Yourcenar se vio a sí misma como la sirvienta de los pájaros, no tanto en el sentido franciscano como en el budista.

También hay en el desagradecido una psicología economicista de los sentimientos: no puede dar porque tiene sus sentimientos contados, y cada vez que reconoce la deuda se empobrece: no ve lo que recibe en el reconocimiento sino lo que pierde. En Andalucía suele decirse, con una profundidad asombrosa –ya que dibuja al tiempo que conceptúa– que esa persona es una encogida. El que no da, el que no agradece, el que no entrega, se encoge. Su celosa administración no cuenta con uno de los principios claves de la economía, la inevitable devaluación del capital: a fuerza de negar para firmar su patrimonio, esa estricta constitución del sujeto, el encogido acaba siendo pobre de solemnidad. Entregado a creer que todo lo suyo es suyo, no puede percibir que también ese paisaje, la lluvia que cae tras una tarde calurosa de verano y el animado solilo-

quiu que oye al otro lado del patio, también forman parte de él a condición de que pueda verse deudor de esas realidades que para clasificarlas llamamos foráneas. Ahora bien, entre el gremio de los escritores, rico en ejemplos shakesperianos, se da el agradecimiento disfrazado, como el que una vez más ha repetido el inefable Ernesto Sábato manifestando su gran agradecimiento al pueblo español, “por la devoción que siempre le ha tenido”. Se me dirá que está muy viejo, pero cualquiera con un poco de paciencia podrá rastrear en las hemerotecas y en sus memorias declaraciones semejantes. Se trata del agradecimiento circular. Por lo demás, yo no sabía que el “pueblo español” como en otro momento el albanés, tuviera tal “devoción”, pero el autor de *El túnel* utiliza a los otros como espejo y proyecta sobre él un apretado aplauso que, cómo no, se ve en la obligación, incluso en la profunda necesidad, de agradecer.

Hay pues agradecidos —pensadores, poetas— que creen que la partera realiza un oficio remunerado por la Seguridad Social y que, al cabo, podrían prescindir si quisieran de esa partera o musa: del otro. Ese encogido se dilata sin salir de sí mismo. —

— JUAN MALPARTIDA

## SEMBLANZA

### *Hugh Kenner: el orden natural de las cosas*

El crítico canadiense Hugh Kenner murió el pasado 24 de noviembre de 2003, a los ochenta años, sin que esto sembrara la más leve impresión en el ánimo de los lectores de habla española. Este aparente desdén de nuestra parte no tendría la menor importancia si Hugh Kenner no hubiera sido el autor de uno de los libros de crítica más brillantes y acuciosos que se han escrito sobre el periodo “moderno” de las artes y las letras occidentales: *The Pound Era* (University of California Press, 1971).

A pesar de la concentración de sus temas, el de Kenner fue un ingenio pro-

lífico: su bibliografía suma 32 libros y centenares de artículos publicados en revistas, periódicos y volúmenes colectivos de ensayo. Su ingenio no sólo fue fecundo sino diverso: así como escribió sobre Chesterton, Pound, Joyce, Flaubert y Samuel Beckett, también lo hizo sobre matemáticas, geometría y personajes de dibujos animados. Sin embargo, el libro sobre Pound constituye el eje de sus pesquisas sobre literatura —y todo lo que puede comprender el espectro literario. En el momento de su publicación, el libro de Kenner mereció el encomio de una mayoría de reseñistas, quienes no supieron sino admirar la inmensa cultura desplegada en las seiscientas seis páginas del libro (sumados sus notas y sus índices). Pero en medio de ese círculo de eterna suspicacia flotaba una pregunta: ¿era válido hacer girar toda una época de literatura por demás brillante y revolucionaria en torno de una sola figura, Pound, uno de los poetas más polémicos y denostados en la segunda mitad del siglo XX?

Naturalmente, la de Kenner era una apuesta consciente, marcada por una sensibilidad atenta no sólo al dato —el examen erudito y reiterado de los textos— sino al *pathos* de una época que había dejado de existir. El vasto tejido que ofrece Hugh Kenner en *The Pound Era* (cuya ambiciosa elaboración recuerda a ciertos ensayistas ingleses del siglo XIX, como John Ruskin y Walter Pater) denota un sentido de comunidad más que de singularidad; el cobijo de Pound representa sobre todo la síntesis de un conjunto de obsesiones e intuiciones que fueron el territorio afín de algunos de los artistas más notables del siglo. Una de estas “obsesiones” fue la recuperación —o la restauración, como quiera verse— del pasado grecolatino; y la

mayor de las intuiciones de los modernistas norteamericanos y europeos fue el darse cuenta de que en las manifestaciones más antiguas y primitivas de la cultura se hallaba lo más novedoso y significativo de la *tensión* presente.

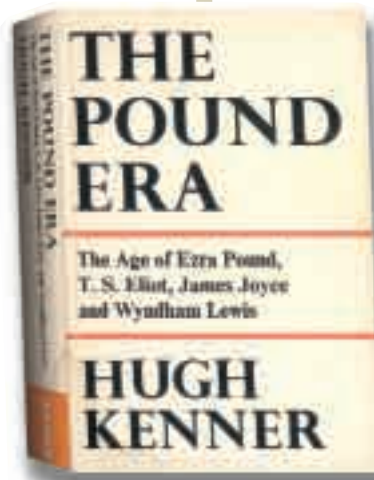
Una “estética de vislumbres, la estética de una época”,

dice Kenner a propósito del modernismo poundiano, sin dejar de lado el sobrentendido de que el aprendizaje (*learning*) y la formulación oportuna de las preguntas correctas lo son prácticamente todo. No sólo para el crítico, también para el artista: “Porque el segundo Renacimiento que comenzó para los clasicistas en 1891

con una lluvia de papiros fue un Renacimiento de la atención. A final de cuentas, tal vez no sea otra cosa lo que más importa en las artes.”

La suerte que han corrido los libros de Kenner en idioma español ha sido errática. Hasta donde sé, no existe uno solo traducido a nuestra lengua. Esto no quiere decir que su presencia haya pasado inadvertida para algunos de nuestros editores y escritores de mayor prosapia. Por un número de *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica dedicado a Pound en noviembre de 1985, supimos que esa casa editorial estaba traduciendo el libro de Kenner; incluso parte de un capítulo de *La era de Pound* se ofrecía como botón muestra. Por razones desconocidas, el proyecto fue suspendido y la traducción abandonada.

El nombre de Hugh Kenner y el título de su obra maestra reaparecieron años más tarde, en el “Prólogo a posteriori” que Salvador Elizondo escribió para una reunión de ensayos de “entre 1959 y 1972” (*Teoría del infierno y otros ensayos*, El Colegio Nacional / Ediciones del Equilibrista, 1992). En palabras del



propio Elizondo, que había consagrado en aquellos años páginas fervorosas a *Los Cantares* de Pound y al *Ulises* de Joyce (incluso había aventurado la “traducción” de la primera página de *Finnegans Wake*), su visión de estos dos últimos escritores se había contrastado fuertemente con la lectura, en el año de 1985, del libro de Kenner, revelando así cierto candor o apresuramiento en la naturaleza de sus juicios. La serenidad con que Elizondo se pronuncia al respecto (y la puntualidad: llama la atención que consignara la fecha —errónea— de publicación de *The Pound Era* y el año en que lo leyó por primera y acaso única vez) no señala tanto las deficiencias de sus aproximaciones críticas a la obra de estos escritores, sino el abismo natural que separa dos lenguas y dos tradiciones. Esto es algo que ya se ha comentado pero no se ha estudiado a profundidad: mientras los escritores norteamericanos residentes en Europa (Pound, Eliot, H. D., Gertrude Stein) y otros que radicaron la mayor parte de sus vidas en Estados Unidos (William Carlos Williams, Marianne Moore, Charles Olson, Louis Zukofsky) ponían a prueba la flexibilidad de su idioma, estudiando no sólo sus concordancias rítmicas internas sino sus rispideces y disonancias, en México se escribía con un máximo de rigor formal orientado por las normas de cierto criterio clasicista. Para ilustrar esta asimetría, podemos usar un ejemplo no por radical menos útil: al tiempo que Ezra Pound estaba trabajando en los primeros *Cantares*, Ramón López Velarde estaba escribiendo *La sangre devota* (1916), un libro de poemas vertebrado aún por un esqueleto demasiado narrativo. “... así de lenta es la rosa para abrirse...”, tal es la frase que emplea Hugh Kenner para dar a entender el tiempo que requieren las influencias para florecer.

Es imposible determinar hasta qué punto los rasgos idiosincrásicos de un idioma actúan en relación con el desarrollo de un pensamiento crítico ordenado y relativamente totalizador. Sin embargo, nada impide afirmar que a

uno de los proyectos más ambiciosos del pensamiento poético del siglo pasado le correspondió uno de los libros de más lujo (por cuanto al manejo y a la recapitulación de datos textuales y eruditos se refiere) que ha dado el pensamiento crítico de Occidente en las últimas tres décadas. —

— GABRIEL BERNAL GRANADOS

## HOMENAJE

### Víctor L. Urquidi: Ecce Homo

Conozco a Víctor L. Urquidi hace 35 años.<sup>1</sup> Lo conocí gracias a uno de los singulares rasgos que lo distinguen: su calidad de estimulante comunicador intelectual, de punto de intersección de investigadores y textos, hábil para suscitar la curiosidad de sus allegados y colegas. Ocurrió que había yo publicado un atrevido ensayo sobre “El tapado y el tapadismo en México”, que Víctor leyó con avidez. Me invitó a platicar en su modesto despacho de la calle Guanajuato. Y de inmediato distribuyó —como es su inescusable costumbre desde entonces hasta hoy— mi escrito entre aquellos a quienes podría interesarles. Así pude conocer a Don Daniel Cosío Villegas, a Ramón Xirau y a otros personajes que encarnaban a la sazón la mitología de El Colegio de México.

Tuve el privilegio de celebrar, con los dos primeros, sabrosos diálogos en la modesta cafetería de la institución. *Fuereño* empezó a llamarme —cariñosamente, quiero creer— Don Daniel, y así me consignó en sus libros. En tanto que Ramón Xirau me ofreció generosamente las páginas de su deslumbrante revista *Diálogos*, que ulteriormente, y por mala decisión institucional, dejó de existir. Furioso por este torcido incidente, Xirau mudó hogar académico.

Más de una vez pensé o imaginé enhebrar una suerte de “vidas paralelas” —a la Plutarco si se quiere— entre Don Daniel, por un lado, y Don Víc-

tor, por el otro. Dejo de momento en el tintero —si se me permite esta envejecida metáfora— tal intención, debido a la tiranía del tiempo ahora disponible.

Víctor no es sólo un fluido y caudaloso vaso comunicante. Manifiesta y transfiere ideas con un idioma pulcro, directo, que no tolera retorcimiento alguno. Él abomina de lo que Alatorre llamó, en reciente y jugoso artículo (*Letras Libres*, junio de 2004), el “politi-qués”. Es decir, esa forma alambicada, circular, cantinflasca y —agrego— lacanianiana y cuasi posmodernista de expresarse. Lenguaje muy apreciado por políticos, y por no pocos intelectuales latinoamericanos que predicán, con solemne espíritu evangélico, lo que no alcanzan a comprender como cientistas sociales.

Recuerdo que cuando me presentó a su fiel asistente Graciela Salazar, Víctor me dijo: “Es una de las pocas personas que sabe usar con tino la locución ‘por lo pronto’.” Un elogio mayor de Víctor para Graciela; casi un piropro sensorial, si se considera y aprecia el carácter del universo *victoriano*...

Y como añadidura a este lenguaje directo que lo distingue, Urquidi nunca supo enquistarse ni apoltronarse en un tema. Exploró todos los campos de las ciencias sociales y de las humanidades, desde la política económica de México a la evolución del pensamiento *cepalino*, desde la demografía a la confección de los escenarios prospectivos del planeta, desde el estudio del medio ambiente al retrato de personajes académicos que ya se fueron de esta vida. Víctor resiste cualquier enfeudamiento mental o institucional: es multidisciplinario y polivalente por formación e impulso personal. Parece profesar que una institución académica que se transforma en una multitud de almas solitarias se corrompe y desbarata, e ingresa a una entropía acaso irreparable.

Por esta pluralidad de intereses muy cercanos a la realidad, presidentes y hombres públicos lo respetan, sin aproximarse a él en demasía, sin aproximarlo en exceso, por temor a infec-

<sup>1</sup> Palabras dichas en el homenaje ofrecido a Víctor L. Urquidi en El Colegio de México, el 29 de junio del 2004.

tarse con la verticalidad insobornable de Víctor.

Evocar algunos recuerdos para enriquecer la semblanza de este hombre con amplios atributos (*malgré* Musil).

Primero, Caracas. Llegamos a la capital venezolana, el que habla como funcionario de la CEPAL, y él como miembro directivo de CLACSO. El hotel, colmado. Felizmente, mi reservación fue respetada; mas no la de Víctor. Sin vacilar lo invité a compartir habitación. Sin opciones, él aceptó. Después de comprobar la avaricia de las dimensiones del cuarto y la única cama estrecha que allí se encontraba, pedimos otra. Nos trajeron algo parecido a un catre militar. Le dije: “Usted duerme en la cama y yo en el catre.” Víctor rehusó sin cambiar de idea durante varias noches. Su modestia y entereza contrastaron, en mi juicio, con las palabras altisonantes que más tarde escucharíamos en Maracaibo –lugar del encuentro– en torno a la aletargada situación latinoamericana. En aquel momento evoqué una expresión que está en la Vulgata, y que Goethe repitiera al encontrarse con Napoleón: *Ecce Homo*.

Después, Turín. Se verificaba allí una reunión dedicada a evaluar el pensamiento económico mexicano. Él llegó desde algún punto de Europa. Y yo, de Santiago de Chile. Recuerdo que, antes de partir, el empleado de la línea aérea me preguntó: “¿De qué nacionalidad es usted?” “Israelí” le contesté. Sin embargo, el empleado anotó “iraní”... Eran los tiempos de la temible efervescencia jomeinista. Cuando mi maleta llegó a Nueva York en tránsito, suscitó el horror de los funcionarios de aduana. Allí se quedó cinco días. Llegué a Turín con lo que tenía puesto, tarde por la noche. Le comenté a Víctor mi aprieto. Y él, sin dudar, me facilitó camisa, calcetines e incluso una máquina eléctrica de afeitar de la cual se sentía muy orgulloso. El *Ecce Homo* repicó nuevamente en mi memoria.

Algo más. En una oportunidad, estando ambos en Cuernavaca, me invitó a visitar a su madre. Yo ya había escu-

chado de su abnegada actividad como enfermera en la Guerra Civil Española. Me emocionó. Y me emocioné más cuando encontré a una mujer vivaz, ingeniosa, vital, bella, con un *wit* que le venía de sus raíces. Entonces pensé en aquel dicho castizo que, a veces, es injusto, pero que, en otras, es atinado: “Lo que Natura non da Salamanca non presta.”

Debo confesar un suceso con el cual no me siento completamente a gusto. Cuando concluí mi investigación sobre el pensamiento cepalino –con las sensatas orientaciones de Víctor– y el libro estaba a punto de publicarse por El Colegio de México, le hice un pedido impertinente: que el corrector de estilo no perfeccionara –según decía–, o no castrara –postulaba yo– mi estilo castellano. Urquidi no dijo ni sí ni no a mi petición. Lo puse sin duda en un dilema agreste. No quería ni podía él fijar precedentes vengativos. Sin embargo, con esa conversación sin palabras que nos ha caracterizado desde siempre, entendí que él me entendía. En suma: el corrector se quedó sin empleo y el libro salió virginal a la luz.

Reflexión final, pues el tiempo –que es inexorable y es angustia– se me acaba. Cuando se les ocurra a los historiadores evaluar el trayecto de este Colegio, con sus ciclos ascendentes y entrópicos, con su brillo y su opacidad, y de este modo asignen responsabilidades y etapas, en algo habrá absoluta coincidencia: en la figura señera, singular, única, irrepetible, de Víctor L. Urquidi. Fue él hombre- puente entre instituciones y entre disciplinas; fue y sigue siendo eficiente y confiable partero de múltiples proyectos, ideas, exploraciones, y, a la vez, vigilante portero de cualquier desvarío nacional o institucional. Y todavía posee flechas en su aljaba, como muy pronto comprobaremos con su *Historia económica de América Latina en el siglo XX*.

Gracias, Víctor, por todo. Gracias por el estar y el ser con nosotros y en la vida de muchos de nosotros. Es un privilegio. Es huella imborrable. Gracias. –

– JOSEPH HODARA

## EDUCACIÓN

### *Pornomath*

Creemos en la escuela viendo las portadas de los libros de texto gratuitos con la figura de la prieta hierática, La Patria, pintada por González Camarena. Nunca supimos que detrás de sus redondeces insinuadas bajo una túnica pulcra había una historia de verdad muy mexicana, por lo sórdida: la modelo, Victoria Dorantes, fue la amante del pintor durante una buena parte de su vida. El pintor jamás dejó a su mujer, una francesa, y sometió a La Patria a ser “la otra”, la inconfesable. A la muerte de su amante, Victoria Dorantes viajó a París y volvió a su natal Tlaxcala sólo para morir de cirrosis. La Patria de los libros de texto oficiales murió de briaga.

Dudo que alguien se haya siquiera excitado un poco con esa recia Patria que aprisionaba entre sus manos el águila y la serpiente. A más de uno se le aparecía al momento de besar a la novia repitiendo lo del masiosare y la profanación. Si acaso la repetición en todas las portadas nos la hizo familiar y un escudo para introducir entre sus páginas el nuevo de Supermán o, los más precoces, las primeras y sudadas revistas porno: el greñudo de los setentas sosteniendo su hueserío ante una mujer invariablemente arqueada y güera. El deseo no era Victoria Dorantes sino Merle Uribe.

Pero hace apenas unas semanas ambas publicaciones –el texto de lo que debemos saber según el gobierno y la pornografía– se juntaron como la máquina de coser y el paraguas sobre la mesa quirúrgica. El libro de tercer año de primaria de matemáticas, a partir de la página 224, dejaba las tablas de multiplicar por las tablas de la “yinga” en el “yoni”, del Kamasutra del Canal Infinito: “el varón se empina sobre su amada y, haciendo el zumbido de una abeja, lleva la concurrencia al clímax”. El libro de matemáticas traía ocho planas destinadas a la revista porno *Boys and Toys* encuadradas al lado de los ejercicios menos físicos. Los niños que

recibieron este regalo del accidente editorial debieron preguntarse si esa era la representación corporal de los quebrados. Aunque el episodio ya es motivo de una investigación de la AFI y la PGR, porque ha revelado otra vez que los libros oficiales son un negociazo de las editoriales en las que trabajaron los actuales directivos de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, también dejan a su paso una interesante estela de posibilidades: “El que termine primero sus ecuaciones, puede deambular por el pliego trasero de su libro.” O acaso se trata de una de las grandes ideas del cambio que tiene como objetivo empatar educación con mercado laboral: “Mira, no todos tenemos que saber multiplicar, también hay quienes hacen buen dinero relajándose en una alfombra.” O quizá se trate de una invitación soterrada a convertirse en líder de los Legionarios de Cristo, con las prestaciones del caso.

Como sea, la manera de enseñar podría estar cambiando para siempre: si el sexo es lo que vende, venga. La biología se ilustraría con escenas de zoofilia, la geografía con sexo interracial, la historia oficial con gerontofilia. El civismo, sin duda, podría mostrar *playmates* en uniformes de policía, cartero, diputado. Sin duda, la desdeñada información sobre nuestro pasado precolombino adquiriría un renovado interés a través de los ojos del Marqués de Sade: “¿Cómo descuartzaron a la Coyolxauhqui?” “¿Qué fue lo que se andaba tallando Quetzalcóatl para dar a luz a la raza de los teotihuacanos?” “¿Con qué intenciones el Popocatepetl se está arrodillando ante la Iztaccíhuatl?” El morbo. He ahí la solución ante la deserción escolar. Y, entonces, nuestros niños, igual seguirán sin ganar ni para el regreso en las Olimpiadas de Matemáticas, pero se desbocarían como diputados en convención con las japonesas. Sí, en efecto, México es el país de los reprobados, pero, ¿a que tus alumnos no saben hacer la posición del reloj?

El experimento de la Secretaría de Educación Pública tiene potencialida-

des innovadoras que no podemos siquiera atisbar en este breve texto de filosofía de la educación. Baste decir que los nuevos héroes patrios podrían ya no ser Juárez y Zapata, sino Johnny Holmes y Sylvia Saint, que también murieron de angina de pecho o acribillados por la espalda. Y, quién lo sabe, quizás en un futuro no muy lejano, cuando los niños de este experimento sean los gobernantes, no saldrán a dar discursos sobre la legalidad con el cuadro de Madero de testigo, sino con una foto fija de *Models Gone Bad*: “Mexicanas y mexicanos, acabamos de vender la banca a Oaxaca. Ya qué.” —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

## IDIOMAS

### Traduciendo a Tagore

En 1680 escribió Dryden, en la introducción a su versión inglesa de las epístolas de Ovidio, que tres tipos de traducciones son posibles, la literal, la parafrásica y la imitativa. La literal se empeña en reproducir el texto de manera exacta, palabra por palabra. La parafrásica busca transponer el significado y la forma de la manera más fiel posible, sin someterse a las limitaciones de la literalidad. La imitativa, finalmente, percibe el texto como un punto de partida, cuyo significado precisa trasplantarse al idioma receptor sin que drásticos cambios en forma y estilo sean impedimento. Obviamente, las tres modalidades entrañan peligros.

Cuando la traducción no se efectúa directamente del idioma original sino de otra traducción, los riesgos se amplían. Ejemplo al punto, las famosas versiones castellanas de las obras de Rabindranath Tagore, difundidas bajo la autoría de Juan Ramón Jiménez. La lengua materna de Tagore era el bengalí. ¿Cómo pudo Jiménez, quien desconocía esa lengua, verterlo al español? En la respuesta a esa pregunta se encarna una saga que involucra dos poetas epónimos, una intelectual injustamente olvidada, tres idiomas y tres continentes. En medio de tal diversidad un ge-



Rabindranath Tagore.

nio literario común y una misma disposición internacionalista actúan como factores de unificación.

El bengalí es el lenguaje originado en la región dividida en la actualidad entre Bangladesh y el estado de Bengala del oeste en la India. Tal idioma posee una musicalidad extraordinaria. Como en el caso del hindi, las raíces del mismo se encuentran en el sánscrito. Los elegantes símbolos con los que se escribe son similares, sin ser idénticos, a los del alfabeto devaganari. Los bengalíes poseen una particular sensibilidad hacia la poesía; no es extraño encontrar personas que pueden recitar versos de memoria sin duda ni olvido. En toda la India Tagore es reconocido como un vate superior. En su tierra natal, su estatura es todavía mayor. Para la vasta mayoría de quienes hablan el bengalí como lengua materna, sean hinduistas, musulmanes o cristianos, él es el poeta por antonomasia. Se trata de una suerte de Carrera Andrade para los ecuatorianos, Rimbaud para los franceses o Whitman para los estadounidenses. Como con esos bardos, su presencia en el panorama de las letras marca claramente un antes y un después, redefini-

niendo el oficio del poeta y su conexión con los lectores.

Tagore redactó sus textos en bengalí. Los mismos son de una amplitud insospechada. Una edición integral aún se halla en curso, luego de la publicación de más de veinte voluminosos tomos. De este acervo, una modesta parte se halla vertida al inglés. Las primeras y más difundidas traducciones fueron efectuadas por Tagore en persona gracias a su profundo dominio de la lengua de Shakespeare. Los volúmenes resultantes le granjearon la admiración de personajes como Keats y Pound, y crearon las condiciones que pondrían en sus manos el Premio Nobel de Literatura en 1913.

Siendo Tagore el autor de las traducciones, se podría pensar que las versiones de sus textos, inglesa y bengalí, son idénticas. Nada más alejado de la realidad. Como el profesor William Radice y otros muchos especialistas han puntualizado, ellas difieren en múltiples aspectos. Obviamente el genio de Tagore no habría podido rebajarse a una mera traducción literal. La paráfrasis tampoco pareció adecuada a sus intenciones humanistas. La versión inglesa, en consecuencia, es una adaptación cuidadosamente elaborada para ser accesible a un público foráneo. En ella, los poemas son transpuestos al verso libre o incluso a la prosa. Las referencias a objetos, leyendas y hechos locales son o eliminadas o modificadas para hacerlas comprensibles. Las alusiones místicas hinduistas son transmutadas para tornarlas inteligibles a una cultura distinta.

Las traducciones de Juan Ramón Jiménez tienen por base los textos ingleses de pluma de Tagore. Aunque Jiménez era capaz de comprender y expresarse en inglés, su dominio de esa lengua no alcanzaba el nivel necesario para una traducción de tal complejidad. El obstáculo, al parecer insuperable, fue superado gracias a la ayuda de Zenobia Camprubí Aymar, su esposa. Como en tantos otros aspectos de la vida de Jiménez, ella sería la figura clave e indispensable a la hora de verter los versos de

Tagore al español. La familia Aymar era originaria de Puerto Rico. El hermano de Zenobia, José, fue uno de los pioneros de la prensa hispana en Nueva York.

Zenobia, educada en Estados Unidos, dominaba perfectamente el castellano y el inglés. Tal conocimiento le permitiría traducir la obra de Tagore. Una investigación del profesor Howard Young en el Archivo Histórico de Madrid efectuada hace casi una década puso en evidencia la manera en que, tomando como base la traducción de Zenobia, Juan Ramón Jiménez refinaba el texto y le brindaba su configuración final. Igual que con Tagore, el producto de su labor ni era literal ni parafraseaba los poemas. Con el objetivo de comunicar la esencia poética del hindú, forjó una adaptación a las formas poéticas e idiosincrasias hispanas. Young llega a sostener que, de hecho, Jiménez y Zenobia crearon un Tagore andaluz.

Tagore se constituyó en mensajero de sí mismo, fiel a su magna vocación cosmopolita. A su vez, Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez serían sus auspiciosos heraldos en habla hispana. Por su intermedio, Tagore influiría generación tras generación de escritores, incluyendo al trío del Nobel integrado por Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Octavio Paz. En el crisol de sucesivas traducciones, es evidente que el mensaje original no sólo no se perdió, sino que fructificó de modo insospechado. A pesar de ello, no deja de ser fascinante el considerar que una cantidad inmensa de poemas, ensayos y ficción de Rabindranath Tagore permanece fuera del alcance de los lectores de lengua castellana, a la espera de alguien que los vierta al idioma de Cervantes. —

— MARÍA HELENA BARRERA-AGARWAL

## REVISTAS

### *Continuidad de otros parques*

Desde su primer número, aparecido durante el verano de 2003, *Parque Nandino* confirmaba una

feliz sospecha: la prolongada sequía de revistas de literatura —de órganos, pues, cuyo solo propósito fuera difundir la creación y el pensamiento literarios— había concluido, al menos parcialmente. La noticia de su aparición fue motivo de júbilo, además, porque la Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, gracias a las nobles gestiones de Francisco Javier Lozano del Real (entonces su director general de Actividades Culturales), había decidido asumir su mecenazgo por catorce números, sin cortapisas de ninguna índole. Bajo la batuta de León Plascencia Ñol y Luis Fernando Ortega, editores del impecable sello Filodecaballos, *Parque Nandino* sólo podía asegurarnos una publicación espléndida, lejos del gatillerismo, el gazapo conceptual y la monotonía en aras de una supuesta distinción que fomentan, por desgracia, las escasas revistas literarias de nivel en México.

Ya editados sus tres siguientes números, *Parque Nandino* tuvo que sortear exitosamente algunos obstáculos: su distribución nacional, la inercia burocrática y una silenciosa conjura de los necios en Guadalajara. Con todo ello en su contra, la revista nunca dio síntomas de flaqueza. Al contrario: su valiosa nómina de colaboradores se expandía y solidificaba; su presencia ya era claramente decisiva e innegable, y alrededor de sus ejes temáticos —las ciudades y los viajes, la escritura, el cuerpo y el deseo, la enfermedad y la locura—, los textos escogidos mostraban una sostenida y creciente excelencia editorial. Fueran poemas inéditos de Gerardo Deniz, José Kozer o Jorge Fernández Granados; nuevas y reveladoras traducciones de autores como Arnaut Daniel, Franz Kafka, Serguéi Dovlátov o Sylvia Plath; cuentos de Gesualdo Bufalino, Phillip Roth o Fogwill; fragmentos de novela de Daniel Sada, Jacobo Sefamí o Cristina Rivera-Garza; ensayos de Eduardo Espina, Luigi Amara o Ted Hughes, o columnas de Jorge Esquinca, David Huerta, Eduardo Milán y Mauricio Montiel, las siempre atractivas colaboraciones de *Parque Nandino* la perfilaron como una revista a todas luces única en

su estado, en nuestro país y —¿por qué no?— en América Latina. Por su apasionada vocación de difusora de los nuevos tiempos literarios y su marcada independencia política e intelectual, no me resulta exagerado ver en esos cuatro números de *Parque Nandino* el precoz restablecimiento de un diálogo que entablaron revistas como *Orígenes*, *Plural*, la *Revista Mexicana de Literatura*, *Sur* o, en su primera década de vida, *Vuelta*.

Pero un idilio no suele sucumbir ante los celos domésticos, sino ante la intriga vecinal, y el arte más auténtico, aquel que abrió caminos a empujones solitarios, termina por ser materia abierta —en palabras de Harold Bloom— en esa numerosa Escuela del Resentimiento. Ya editado el cuarto número de *Parque Nandino* durante la primavera de este año, aquel silencioso y necio colectivo tuvo respuesta y venganza a la vez: Lozano del Real, soporte y enlace entre *Parque Nandino* y la señora Sofía González Luna, esa increíble secretaria de Cultura del Gobierno de Jalisco, fue separado —injustamente, por cierto— de su cargo. A ello hay que añadir que Jorge Souza, humilde periodista y poeta por rencor, lección ejemplar de la perseverancia de la medianía, fue nombrado director de Literatura de dicha dependencia. Con él llegó, en solidaridad —y, me atrevería a decir, en desleal complicidad— con la conjura, una serie de ridículas exigencias, como la incorporación de ciertos escritores al consejo editorial de la revista, en prenda por el pago de diezmos de amistad y relaciones públicas del propio Souza, la absoluta focalización editorial en las letras jaliscienses (es decir, la reducción de colaboraciones nacionales y extranjeras) y la clausura de las columnas de Esquina, Huerta, Milán y Montiel.

No esperemos razones legítimas o sensatas para tales exigencias, ni siquiera una coherencia mínima en los torpes



desmentidos que Souza ha realizado de esta versión de los hechos, verosímil y confiable. Ante el despliegue de tanta estolidez, secundada por el poder a ciegas, Plascencia Ñol y Ortega solucionaron efectivamente el dilema moral de *Parque Nandino*: se negaron a aceptar los términos de Souza y, con ello, culminó su asociación, renunciando así al apoyo asegurado para la revista. Para orgullo y fortuna de sus editores, *Parque Nandino*

concluye esta primera época con el resguardo de su nombre, con la mejor parte de su consejo editorial en pie y, naturalmente, con la intacta pasión e insobornable inteligencia de su oficio. Los lectores y colaboradores de la revista agradecemos la continuidad de su proyecto.

Si tuviéramos *Parque*... no estaríamos aquí, aguardando con un mismo júbilo su pronta reinauguración. —

— HERNÁN BRAVO VARELA

## NOSTALGIA

### Cucuruchos

Los periódicos tienen ahora varios inconvenientes. Uno de ellos es que no se hace con ellos otra cosa que leerlos, con deplorables resultados: úlceras sin fin, depresiones y una pena ajena crónica. Nuestro H. Presidente nos diría que con no leerlos se resuelve el problema, pero entonces, ¿qué hacer con ellos? Antes los periódicos se utilizaban para cosas variadísimas: una de ellas, la más socorrida, consistía en prender el bóiler, cosa ya inútil frente a los pilotos automáticos y la profusión de gas LP. Otra función de los periódicos consistía en taparse de la lluvia, acto que han vuelto ridículo los vendedores de impermeables y paraguas que brotan de las grietas y las coladeras de la ciudad. También los

periódicos fungían de taparrabo para los asaltados, pues los asaltantes todavía eran algo compasivos y leían el *Excelsior*. Quizá lo llevaban, con ánimo preventivo, doblado en forma de barquito sobre la cabeza, igual que los voceadores, y en los mercados el periódico servía para formar cucuruchos. Pero ¿existen todavía los cucuruchos?, ¿ha visto usted alguno últimamente?, ¿ha tenido quizá la ocasión de desencucuruchar un cuarto de limones o de chiles y de paso leer la nota roja de hace dos días o los monitos del domingo, otra especie en extinción? ¿Verdad que no? En materia de periódicos cónicos, ya hasta puedo presumir de cosmopolita con mis actuales hijas, pues en Londres, en mis años mozos, me sirvieron unos *fish and chips* en un cucurucho del *Times* —bastante grasientos, debo añadir. Ahora se ha sustituido al simpático cucurucho por una profusión de cajitas, bolsitas y vasitos de plástico que no hacen sino contaminar nuestros mares, y para colmo no se pueden leer después. Una tristeza.

Rescatemos al cucurucho del olvido; llevemos en él nuestras pertenencias, obsequiémonos flores en cucurucho, vistamos el gorrito periódico, el faldón de los asaltados y los pobres. Quizá así logremos tener, como se dice ahora, buena prensa. —

— ANA GARCÍA BERGUA

